

“Deja que Dios se alegre contigo” (Domingo 4º Cuaresma)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Lc 15,1-3. 11-32

En aquel tiempo, ¹solían acercarse a Jesús todos los publicanos y pecadores a escucharlo. ²Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». ³Jesús les dijo esta parábola: ¹¹«Un hombre tenía dos hijos; ¹²el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. ¹³No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. ¹⁴Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. ¹⁵Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. ¹⁶Deseaba saciarse de las Algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. ¹⁷Recapitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. ¹⁸Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ¹⁹ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. ²⁰Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. ²¹Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. ²²Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; ²³traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, ²⁴porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. ²⁵Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, ²⁶y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. ²⁸Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. ²⁹Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca

me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; ³⁰en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". ³¹El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³²pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

La parábola del hijo pródigo es la última de las tres parábolas que forman el capítulo 15 del evangelio de Lucas. En todas se pierde algo que se quería y se vuelve a encontrar, llenando de alegría el corazón de la persona que había sufrido la pérdida. Jesús nos revela aquí el corazón de su Padre: la alegría de encontrar lo que es suyo.

Los dos primeros versículos del evangelio de hoy dan la clave de lectura a todo el capítulo 15 de san Lucas, denominado el centro de dicho evangelio. Atraídos por las palabras de Jesús, se le acercaban muchos pecadores y esto escandalizaba a los fariseos y escribas. Estos censuran a Jesús porque acoge y participa en la mesa de los pecadores. Las tres parábolas que siguen a esta introducción (oveja perdida, moneda perdida e hijo pródigo) constituyen un discurso único "*les dijo esta parábola*" (15,3). Esta gran parábola responde a la polémica suscitada por fariseos y escribas que se irritaban con la conversión de los pecadores. En las tres parábolas se experimenta una legítima alegría cuando se reencuentra lo perdido.

La narración del hijo pródigo tiene tres personajes, Padre, hijo menor e hijo mayor y tres escenas. La primera escena (15,11-19) es la introducción al drama que se desencadenará en el corazón del hijo menor. Este reclama la herencia de su padre en vida y abandona la casa paterna. En tierras lejanas malgasta la fortuna y acaba de pastor de cerdos. Movidado por el hambre extrema, se decide a pedir perdón y a aceptar incluso el perder la condición de hijo, con tal de estar en casa de su padre y poder comer. Encuentra la confianza de volver con su padre. Este hijo menor representa a todos los pecadores que han cometido graves errores y que, sin embargo, se acercan a Jesús: desde la pecadora hasta el ladrón arrepentido sobre la cruz.

La segunda escena (15,20-24) está dominada por la figura del padre que espera contra toda esperanza a su hijo menor. Apenas lo distingue en el horizonte sale corriendo a abrazarle. Escucha la confesión de la culpa por parte del hijo. Es una confesión que refleja la verdad, pero no le trata como a un pecador, sino como a un hijo, no habiendo ninguna mirada al pasado, ningún reproche, sólo perdón total y gratuito. El padre hace fiesta porque su hijo está de nuevo con él. Su hijo que estaba muerto ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.

La tercera escena (25-32) describe la figura del hijo mayor, perfecto cumplidor y satisfecho de su conducta irreprochable que reprocha a su padre el comportamiento que está mostrando al acoger a "*ese hijo suyo*". Está enfadado por la alegría de su

padre y se siente personalmente perjudicado: **“a mí no me has dado ni siquiera un cabrito”**. No sabe apreciar el hecho de que él ha podido estar todo el tiempo con el padre disfrutando de sus bienes y que su hermano ha vuelto de la miseria. En el fondo no ha aprendido a ser hijo, por eso no sabe ser hermano. El padre también sale a por él y lo intenta convencer, dirigiéndole la mirada al que sigue, a pesar de todo, siendo hermano suyo.

En esta parábola muestra Jesús el comportamiento de Dios hacia dos tipos de hombres: los pecadores que se convierten a él y los justos que se sienten perjudicados. Anuncia Jesús el amor grande y misericordioso del Padre. Pero precisamente ese amor nos obliga a amar a los hermanos. No podemos estar en comunión con el Padre, si no amamos también a aquellos que él ama.

Durante la Cuaresma se nos insiste en la conversión, en volver a Dios. Pero ¿hacia qué Dios? La parábola conocida como del hijo pródigo o del padre misericordioso nos quiere mostrar el verdadero rostro de Dios. Nosotros hemos conocido la paternidad de Dios a través de Jesucristo. Un Dios que es Padre y que envía al mundo a su Hijo único para decirnos con él que nos está buscando a todos para ofrecernos su amor gratuito, a pesar de que nos apartemos de Él. Convertirse conlleva reconocer que Dios nos ama y dejarnos amar por él.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Esta parábola suscita en nosotros una inmensa confianza en la misericordia del Padre. Debemos mantenerla constantemente en nuestro pensamiento, para estar verdaderamente seguros de la bondad del Padre. Ahora bien, Jesús no cuenta esta parábola para los pecadores, sino para los fariseos y los escribas. Estos critican el comportamiento de Jesús porque manifiesta una misericordia que ellos no comprenden, pues en el fondo no creen que Dios esté dispuesto a acoger a los pecadores. Para ellos un pecador sigue siendo siempre un pecador, y como tal debe ser condenado, rechazado y humillado. Jesús, en cambio, honra a los pecadores y a los publicanos con su acogida: **“ese acoge a los pecadores y come con ellos”**.

El evangelio no nos dice ni lo que dice el hijo menor ni cómo reaccionó el hijo mayor. Deberíamos preguntarnos: ¿de qué parte estamos? ¿de la parte del padre o de la parte del hijo mayor? ¿cómo nos comportamos con los pecadores cuando se convierten? ¿como el padre o como el hijo mayor?

Padrenuestro, avemaría, gloria.

Lecturas del Domingo 4º de Cuaresma

Este domingo, que cae en la mitad de la Cuaresma, es conocido por el domingo de la alegría (de laetare). La alegría se debe a que podemos recibir la misericordia de Dios. La liturgia nos presentará la parábola del padre misericordioso; también la segunda lectura nos hablará de la misericordia de Dios, que reconcilió consigo el mundo en Cristo.

En la segunda lectura se afirma la generosidad admirable de Dios que por medio de Cristo nos reconcilió consigo. Lo normal es que cuando existe un ultraje, una ofensa, sea la persona que lo causa la que deba dar el primer paso para la reconciliación. Sin embargo, en la historia de la salvación ha sido Dios, que era el ofendido por nuestras culpas, el que ha dado los primeros pasos. Dios se ha preocupado de obtenernos la reconciliación a un precio muy elevado: el de darnos a su propio Hijo, inspirándole un amor generosísimo por los pecadores, hasta ofrecer su propia vida por ellos. Debemos acoger esta misericordia de Dios en nuestra vida: **“en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios”**.

Jos 5,9a. 10-12

En aquellos días, dijo el Señor a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Los hijos de Israel acamparon en Guilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. Al día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra: ese día, panes ácimos y espigas tostadas. Y desde ese día en que comenzaron a comer de los productos de la tierra, cesó el maná. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

Salmo 33 **Gustad y ved qué bueno es el Señor. R**

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R

Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. R

Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R

2Cor 5,17-21

Hermanos: Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.